

Rodríguez Alcaine ofrece “diálogo y respeto” al gobierno de “ultraderecha”

6

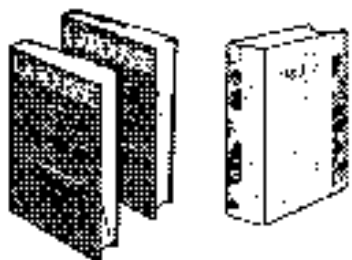
HOY



Laura Alicia Garza Galindo	11
Néstor de Buen	18
Guillermo Almeyra	18
Rolando Cordera Campos	19
Antonio Gershenson	19
José Antonio Rojas Nieto	22
Arturo Calderas	25
José Agustín Ortiz Pinchetti	35
Angeles González Gamio	36
Carlos Bonfil	4a
Barbara Jacobs	5a

OPINIÓN

Recorte y gane:  
19 aniversario de  
La Jornada



Semana A-2

Cupón válido para la promoción de Dictionnaires LAROUSSE.

\* Promoción válida hasta agotar existencias.  
\* Aplica solamente en el D.F. y zona conurbada.

## MAR DE HISTORIAS

# Entre la lluvia y el río

■ CRISTINA PACHECO

Domingo avanza con dificultades por el lodazal. En medio de su confusión advierte que las mujeres retroceden a su paso. Los niños lo observan extrañados sin hacerle bromas ni invitarlo a jugar, como en otras ocasiones, cuando regresa de sus correrías.

Se detiene y mira a su alrededor. La hilera de casuchas desvencijadas y hundidas en el agua le resulta graciosa. Ríe pero nadie lo secunda. Indiferente, Domingo se rasca el pecho sembrado de tatuajes: una daga, un corazón, la Santa Muerte y el nombre de Betsabé. Escucha el claxon de una tartana que se acerca. Levanta los puños, retando al conductor: —Espérate, güey. ¿O qué, tienes mucha prisa?

Como respuesta oye el acelerón. Da un salto hacia atrás para no ser arrollado. La tartana sigue rodando entre los charcos. Domingo levanta una piedra y la arroja, pero no da en el blanco. Su ímpetu lo hace perder el control, trastabillea y al fin cae de espaldas.

Tarda unos segundos en darse cuenta de que está hundido en el lodo. Intenta levantarse y vuelve a resbalar. Escucha risas y el grito de una mujer: “Nefalí, Johnny: ¿no les dije que se metieran?” La voz aguda agrava su dolor de cabeza. Agobiado, cierra los ojos y se abandona. Oye una voz que parece lejana: “Agárrate de mí”.

Domingo abre los ojos. Al ver a un hombre inclinado sobre él, se protege la cara con el brazo. Se mantiene en guardia hasta que reconoce a Ubaldo:

—¿Me hablas a mí, carnal?

Ubaldo no oculta su impaciencia:

—¡No te hagas pendejo! Agárrate de mí para que te levantes.

Domingo se aferra al brazo de Ubaldo. Cuando al fin se pone de pie, ve su chamarra enlodada. Riendo, con manotazos torpes intenta limpiarla, pero sólo consigue ampliar las manchas y se da por vencido:

—Cuando mi jefa me vea, ¡juta!, va a rmar un cuete de la chingada. ¿A poco no?

—No —responde Ubaldo, sin quitarle los ojos de encima.

—La conozco—. Domingo hace un movimiento para que su amigo le deje el paso libre. En cuanto se echa a caminar tropieza con los despojos hundidos en el lodo: —Me cae que esto es un puto chiquero y no es mi culpa. Aunque la jefa lo diga, nomás no, porque yo ni estuve aquí.

Domingo descubre, colgando sobre la barranca, una pared de su casa y el arbolito que le daba sombra. Se vuelve y mira a los vecinos agrupados a mitad de la calle:

—¿Y ora qué?

Sin esperar respuesta se dirige a la barranca. Alguien le grita que tenga cuidado y se detiene para mirar la cuesta y, al fondo, el río. Turbio, el caudal corre de prisa abandonando en sus márgenes las más humildes huellas de la destrucción causada por la lluvia: telas, maderos, trastos, muebles desvencijados, un zapato.

Domingo se lleva las manos ahuecadas a las comisuras de los labios:

—Jefa, jefa...— Permanece atento, en

espera de respuesta, pero sólo escucha el rumor del agua y la voz de Ubaldo:

—No la llames: está en la presidencia municipal. Allí la dejamos, por mientras.

Sin dar importancia a las palabras de su amigo, Domingo observa los restos de su casa. Por más que se esfuerza no logra comprender su extraña posición junto al barranco. Se agacha, toma un fragmento de ladrillo y murmura:

—Son chingaderas eso de que te vas a una fiesta y cuando vuelves ¡ni mais de tu chiquero! ¿Quién fue o cómo estuvo la bronca?

Tula, embarazada y con un niño en brazos, se acerca a Ubaldo:

—Díselo de una vez.

Una anciana, con el rosario en la mano, interviene:

—¿Para qué? Todavía está mariguano.

—¡No se manche! ¿Cuál mariguano, qué?— Domingo se pone en guardia: —A mí, que me digan las cosas en mi cara. ¿Qué onda con mi jefa?

El grupo se desordena y avanza hasta rodear a Domingo. De espaldas al barranco, oye la noticia que, fragmentada, le dan sus vecinos.

II

—En la tarde comenzó a llover...

—Liberia salió a quitar la ropa del tendedero.

—Yo también la vi y hasta le dije: “Métase, porque el agua se va a venir muy duro”.

—Los truenos se oían fuertísimo y hasta espantaron a mis hijos bien feo.

—Y Liberia me gritó: “Nomás alzo la

MURIO NIKITO NIPONGO



PABLO PRIETO

Raúl Prieto, lexicógrafo, escritor pero sobre todo cazador de perlas, dejó de existir a los 85 años a causa de un mal respiratorio

ARTURO JIMENEZ

2a

ropa de Mingo. Cuando venga va a querer cambiarse y si no encuentra con qué, uy...” En eso oí como si muchos animales vinieran bajando del cerro.

—Era el cerro, Mingo: se estaba desgajando y traía bastante lodo.

—Rebotó en tu casa, Mingo. No sé si tu madre habrá alcanzado a meterse o se quedó en el patio.

—Se quedó, yo la vi porque estaba asomada a mi ventana. Ay, fue algo tan espantoso que no podía creerlo.

—Cuando se calmó el agua salimos a ver.

—A Ubaldo se le ocurrió pasarnos lista. Gracias a Dios todos respondimos.

—Liberia no contestó y enseguida nos pusimos a buscarla.

—Muchos pensaban que el lodo la había empujado al río.

—Pero tuvimos suerte y la encontramos allá abajo, atorada entre un árbol y una de las piedras que se soltó del cerro.

—Pobrecita. Su cara, sus brazos...

—Y su pierna. ¡Cuánto dolor!

—No creo que lo haya sentido. Fue tan rápido.

—No te imaginas lo que fue subirla. La cuesta está bien empinada y muy resbalosa. Dábamos tres pasos para adelante y retrocedíamos dos.

—Lo bueno es que no volvió a llover, de otro modo Liberia habría caído al río y ése la hubiera arrastrado hasta quién sabe dónde.

—Así que no te apures, Domingo: Liberia está en la presidencia municipal.

—Aquí doña Rosa nos hizo favor de prestarnos una sábana para envolverla. Dale las gracias.

—A mí no, que se lo agradezca a Dios: Su misericordia impidió que el agua se llevara la sábana, como todo lo demás.

—Eso es como un milagro ¿no?

—Yo digo que sí, porque Liberia siempre fue muy religiosa.

—Y muy buena madre. A ver, Domingo: ¿qué no hizo por ti?

—También debes agradecerle a Dios porque le dio a tu mamá salud y fuerzas para trabajar como una mula. Cuando no hacía quesadillas se iba a los tianguis o lavaba ajeno.

—A veces, cuando nos encontrábamos en los lavaderos, le decía: “Andale, vamos a echarnos un taco a la plaza”. Me contestaba: “No. Mejor espero a Mingo: a él no le gusta comer solo”. ¡Pretextos! Lo hacía para ahorrar y poder comprarte unos tenis, un pantalón, una chamarra buena.

—Sí, Migno, ella se ilusionaba mucho viéndote arreglado y limpio.

—Ayer, con tal de que tu ropa no se mojara, salió a quitarla del tendedero en el momento del aguacero. A lo mejor si no lo hubiera hecho, a estas horas estaríamos platicando con ella.

—Piénsalo, Mingo, y verás como ningún hijo ha sido tan adorado como tú... Mingo ¿me oyes?

—¡Loco! ¿Adónde vas?

Domingo siente que Ubaldo lo toma por la chamarra. Para librarse del asedio, Domingo hace un movimiento rápido, se deshace de la prenda, corre hacia el barranco y salta. Se escucha su grito desgarrado y después sólo el rumor del agua.